

LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL
MANUSCRITO
DE NIEBLA



LUIS GARCÍA JAMBRINA
EL MANUSCRITO DE NIEBLA



© Luis García Jambrina, 2022
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.399-2021
ISBN: 978-84-670-6357-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Salamanca, 25 de noviembre de 1506

Hacía ya rato que se había hecho de noche, pero Bartolomé de Vadillo todavía seguía trabajando en la imprenta de Juan de Porras. Situada en la rúa Nueva, entre San Isidro y el Desafiadero, justo enfrente de las Escuelas Mayores del Estudio salmantino, era una de las principales y más afamadas de la ciudad. El hombre tendría unos cincuenta y cinco años. Era de estatura mediana y de complexión gruesa. Tenía el pelo ralo, los ojos grandes, la nariz aplastada y la boca pequeña. Vestía un mandilón manchado de tinta y, en la cabeza, una gorra ya muy gastada.

Como casi todos los días, los penúltimos en marcharse habían sido el propio Juan de Porras, que, además de ser impresor o moldero, tenía tienda de libros en una casa contigua; Benito Suárez, el encargado de preparar la tinta o batidor; y Andrés Lobera, que era el que colocaba el papel y manejaba la barra de la prensa, llamado por ello tirador. Bartolomé se había quedado para componer y corregir las galeradas de un libro de Antonio de Nebrija, catedrático de Gramática del Estudio, que en ese momento estaban imprimiendo. Este era con diferencia el principal autor de la casa y también el más exigente. Por lo general, a la caída del sol se pasaba por el taller para revisar el trabajo de la jornada. Pero esa tarde no había ido, probablemente por algo relacionado con su trabajo

en la universidad; de hecho, siempre se andaba quejando de que estaba obligado a impartir muchas lecciones y asistir a los claustros y otras zarandajas, lo que apenas le dejaba tiempo para sus libros. No obstante, siempre que podía se dejaba caer por allí, pues vivía muy cerca.

El maestro Nebrija no era de esos que escribían sus obras, las vendían o cedían al mejor postor y luego las abandonaban a su suerte. A él le gustaba cuidarlas con mucho celo durante todo el proceso de impresión y no dudaba en intervenir cuando lo consideraba necesario con indicaciones certeras y precisas, pues parecía haberse criado a los pechos de una imprenta y en ella se movía como pez en el agua o, mejor todavía, como calamar en la tinta. Él era, por ejemplo, el que elegía los tipos, ya que, como buen latinista, sentía predilección por los redondos o romanos, por considerarlos más legibles y elegantes que los góticos. Tampoco le importaba mancharse las manos. A pie de prensa, revisaba y corregía una y otra vez las pruebas que se hacían antes de la impresión definitiva, hasta que quedaban a su plena satisfacción.

Pero los días en los que no podía pasarse, por la razón que fuera, esa labor tenía que llevarla a cabo Bartolomé, que era el único en el que Nebrija confiaba, ya que tenía conocimientos ortográficos y sabía algo de latín. La tarea, desde luego, no era fácil. No en vano el catedrático de Gramática era el autor más puntilloso que el oficial había conocido nunca. Para él las palabras eran algo sagrado; de ahí que le disgustara tanto cualquier errata o error, por pequeño que fuera. El más mínimo desliz o alteración era como una blasfemia, peor aún, como una profanación y un sacrilegio contra la santidad e integridad de la lengua y no solo del texto en cuestión. Así que Bartolomé tenía que hilar muy fino y andarse con mucho cuidado, aunque para ello tuviera que echarle muchas horas. Su trabajo estaba, además, supervisado por el maestro impresor, que también era muy exigente.

Por suerte, al oficial no le importaba quedarse hasta muy tarde en el taller, en medio de un completo silencio, pues hacía tiempo que había enviudado y nadie lo esperaba en casa. Le encantaba, además, el olor a tinta y a papel mojado, que no era precisamente agradable, sino más bien acre y espeso, de esos que se agarraban a la nariz. Y es que para él la imprenta era como un templo. Allí era donde se obraba cada día el milagro de la conversión del papel y la tinta en cuerpo y sangre de la palabra escrita. En esa iglesia había varias capillas, donde se realizaban los diferentes trabajos preparatorios, como sacar los punzones, elaborar las matrices, fundir los tipos o letras con el molde correspondiente, hacer la tinta, humedecer y secar el papel, componer las líneas, corregir las galeradas... Pero el altar mayor era la prensa. En la casa de moldes de Juan de Porras había dos y en ellas se oficiaba cada día el gran misterio de la impresión, aquel por el que el verbo se hacía carne de papel y venía al mundo para redimir a los hombres de la maldita ignorancia, que era el verdadero pecado original de la especie humana.

Como en todos los templos, en él había un sacerdote, Juan de Porras, que era el maestro de los moldes, varios acólitos u oficiales, y un sacristán y un monaguillo, que eran los aprendices. Bartolomé era el cajista o componedor. En ese momento se hallaba sentado frente a las cajas que contenían los diferentes tipos o letras, tanto mayúsculas como minúsculas, y demás signos y espacios, cada uno en un compartimento o cajetín de mayor o menor tamaño, según los casos. Su labor consistía, precisamente, en componer las líneas del texto de cada página con los tipos móviles, colocándolos en un pequeño receptáculo de madera, y lo hacía con tal habilidad que podía llegar a manejar hasta mil de ellos en una hora, por lo que solía decir que «escribía en metal». Y lo mejor era que apenas cometía errores. De ahí que fuera la parte favorita de su compleja tarea.

Una vez compuestas las líneas correspondientes, junto con el titulillo, el número de folio y la línea de reclamo, las trasladó a las galeras de la prensa, unas piezas guarnecidas por tres de sus lados con la medida aproximada de las páginas del libro que se iba a imprimir, pues los había de diferentes tamaños. Bartolomé miró satisfecho su trabajo mientras se limpiaba las manos con un trapo. A la galerada ya dispuesta para estampar se la llamaba plana o molde. Esta se combinaba con las otras planas del mismo pliego hasta constituir una forma, que era lo que se imprimía de una vez.

Bartolomé terminó de montar y organizar la forma sobre la prensa con el fin de que al día siguiente, nada más llegar los operarios, pudieran tirar una prueba de esas páginas. Se llamaba así porque su función era poder descubrir cualquier posible error de composición en el texto. Esta era revisada por el cajista, que con la ayuda de un punzón sacaba los tipos que debían ser sustituidos e introducía los correctos con gran destreza. Sin duda era la parte más delicada de su trabajo. Después de realizadas las enmiendas, se efectuaría la segunda prueba, que sería revisada por el autor y por el propio Bartolomé, por ser el oficial más antiguo y preparado. Y el proceso se repetiría tantas veces como fuera necesario o, como en este caso, exigiera el autor.

La obra de Nebrija que estaban imprimiendo se titulaba *Iuris civilis lexicon*, un libro destinado a armar cierto revuelo en el Estudio salmantino, ya que en él el autor reclamaba su derecho a adentrarse en territorios ajenos a su disciplina, que era la gramática, tal vez la más humilde, pero al mismo tiempo la más importante de todas, pues en ella se apoyaban, en su opinión, las demás. De ahí que Juan de Porras le hubiera mostrado al cajista su preocupación por el escándalo que el libro podría provocar entre los catedráticos de Leyes, todos ellos clientes de la casa en mayor o menor medida.

De repente llamaron a la puerta. Bartolomé pensó que podía ser el maestro Nebrija, pero enseguida recordó que él tenía llave del taller debido a la confianza que el dueño le tenía, y se levantó para abrir. Cuando la franqueó, descubrió que se trataba de dos enmascarados. El cajista se alarmó e intentó volver a cerrarla, descargando todo su cuerpo sobre la hoja, pero ya era demasiado tarde. Uno de los asaltantes había metido un pie entre esta y el marco y, con un empujón, la abrió de golpe, lo que hizo que el oficial cayera al suelo.

—¿Se puede saber qué queréis? Aquí no hay nada de valor —se apresuró a decir, muy asustado, mientras se incorporaba.

—¿No está el maestro Nebrija? —preguntó con voz pastosa el más alto.

Parecía borracho, lo que, a los ojos de Bartolomé, no auguraba nada bueno, ya que iba a ser difícil razonar con él. Al otro se le veía más sereno, pero muy a disgusto.

—Hoy no ha venido —contestó el cajista con voz temblorosa—. Tenía mucho que hacer en el Estudio. ¿Qué le queréis?

—Nada que a vos os importe. En realidad, hemos venido en busca de sus obras —precisó el más alto con brusquedad.

—¿Qué obras? —inquirió el cajista.

—Las obras de Nebrija que vuestro jefe piensa dar a la luz —balbuceó el desconocido.

—¿Y no podéis esperar a que estén impresas y salgan a la venta para adquirirlas? —apuntó Bartolomé sin ánimo burlesco.

El asaltante se acercó a él con gesto amenazador. Su aliento olía a vino y a ajo. Bartolomé se fijó en que tenía unas manos largas y sarmentosas, llenas de callos y cicatrices.

—¡Muy gracioso! —exclamó el borracho arrastrando las sílabas—. Lo malo es que no queremos una copia, sino los originales.

—Pues aquí no están —replicó el cajista.

Aunque trataba de disimularlo, se le notaba el corazón desbocado.

—¡Mentís! —gritó el enmascarado con gran enfado.

—¿Y para qué los queréis si se puede saber? Si os los lleváis, nosotros no podremos seguir con nuestro trabajo —argumentó el cajista—. Vos, sin embargo, no podréis hacer nada con ellos, pues si los publicáis en otro lugar o los dais a conocer de alguna otra forma, el maestro Nebrija acabará enterándose y arremeterá contra quien lo haya llevado a cabo, ya que es muy celoso de lo suyo, y no sería la primera vez que defiende sus derechos ante un juez.

—A mí no me importa lo que os suceda ni le tenemos miedo al maestro Nebrija. De modo que no me hagáis perder más tiempo —comentó el asaltante más alto con aire bravucón.

—Os he dicho que los originales no están aquí.

El desconocido le hizo una seña a su compañero y ambos empezaron a romper con gran regocijo los pliegos de papel que ya estaban impresos y que se encontraban apilados sobre una banca al lado de la prensa o colgando de unas cuerdas que había debajo del techo, para luego arrojarlos con rabia a la chimenea.

—Deteneos, por favor, no deberíais hacer eso. Es el trabajo de varias semanas —imploró Bartolomé—. Estáis cometiendo un sacrilegio —añadió como quien lanza un anatema.

Los asaltantes se detuvieron y lo miraron con fijeza.

—Pararemos si nos entregáis los originales. Si no, cuando acabemos con los pliegos, continuaremos con vos —amenazó con rabia el único que hablaba.

—Si no me creéis, podéis buscarlos vos mismo.

—Prefiero que me lo digáis vos. Así no tendré que desordenarlo todo. ¿Me habéis entendido?

El desconocido se acercó con paso tambaleante al rincón en el que se preparaban los punzones con los que se elabora-

ban los moldes de las letras. Tras abrir el cajón donde se guardaban, se puso a escudriñar con atención hasta dar con la pieza que, al parecer, andaba buscando. Luego la cogió con unas tenazas y la acercó al fuego de la chimenea, después de avivarlo con torpeza. Cuando la punta del punzón se puso al rojo vivo, la miró complacido y se dirigió hacia donde estaba Bartolomé, que, al ver lo que se le venía encima, empezó a implorar:

—No, por favor, no lo hagáis. Yo no sé nada, os lo juro.

Mientras su compañero sujetaba al cajista con fuerza, el más alto apretó la punta del punzón contra la frente del oficial hasta grabar a fuego la letra L mayúscula, lo que hizo que Bartolomé aullara de dolor.

—Y ahora vamos a buscar una vocal que sea apropiada —anunció el desconocido con risa bobalicona.

—Está bien, está bien, os lo daré —balbuceó Bartolomé con gesto dolorido—. Pero no me causéis más tormento —volvió a suplicar.

—Adelante —lo apremió el otro.

El cajista se levantó y se dirigió, tambaleándose, hacia una mesa alta, pegada a la pared, sobre la que había un fajo de papeles.

—Tomad, aquí lo tenéis. Es todo vuestro —le dijo al desconocido al tiempo que se lo entregaba.

Este lo cogió con las dos manos, como si fuera un trofeo.

—No sabéis cuánto os lo agradecemos mi amigo y yo. Pero, por desgracia, aún no hemos terminado —añadió con un gesto de fingida resignación.

—¿Y ahora qué queréis?

—Sabemos que vuestro jefe tiene previsto imprimir más libros del maestro Nebrija, pues este no para de darle a la pluma —indicó el otro con voz de trapo.

—Supongo... que os referís... a una obra titulada... *Annotaciones* y no sé qué más —explicó Bartolomé con voz temblo-

rosa y entrecortada—. El plan era ponernos con ella... en las próximas semanas.

El cajista se detuvo para tragar saliva. Parecía mareado y aturdido, como si estuviera a punto de desmayarse. La quemadura le había dejado una herida en carne viva que olía a piel chamuscada.

—Pero hace unos días... —continuó tras cobrar aliento— el propio Nebrija pidió que pospusiéramos la impresión..., pues debía de haber algún problema con la obra.

—Me alegra mucho oír eso. Así y todo, necesitamos el original, no vaya a ser que Nebrija se arrepienta y cambie de idea.

—Os lo daría de mil amores..., pero aquí no lo tenemos. El maestro se lo llevó a casa... hasta que llegara el momento de comenzar a imprimirlo —explicó el cajista con gran esfuerzo.

—No es eso lo que tenemos entendido.

—Pues lamento mucho deciros que es así —gimió Bartolomé con gesto de impotencia.

El desconocido comenzó a mirar a su alrededor, como si buscara algo con lo que amenazar al oficial para que obedeciera, hasta que se fijó en la prensa. Se acercó a ella con interés, la miró de soslayo, la acarició y luego movió la palanca para ver qué tal funcionaba.

—Podría ser un excelente instrumento de tortura, ¿no te parece? —le preguntó a su compañero con tono fúnebre.

—Así es —confirmó este no muy convencido.

—Un momento. ¿No pretenderéis quebrarme los huesos con la prensa? —inquirió el cajista alarmado.

—Pues no lo había pensado, pero creo que nos habéis dado una buena idea —convino el desconocido.

—¡No, por el amor de Dios! —exclamó Bartolomé, tratando de resistirse.

Entre los dos desconocidos arrastraron al oficial hasta situarlo junto a la prensa y, una vez allí, lo obligaron a inclinarse

sobre ella. Después de entintar los tipos que había en la galera, le colocaron el antebrazo sobre ella, debajo de la platina.

—Tan solo vamos a imprimir en vuestra piel una parte del texto en el que estabais trabajando, para que de este modo vuestro señor, Juan de Porras, y el maestro Nebrija no olviden nunca que os esforzasteis por defender sus intereses, algo que, desde luego, no merecen —le explicó a tropicónes el que llevaba la iniciativa.

—¡No, por favor! ¡Os lo ruego, no lo hagáis! —imploró Bartolomé.

El asaltante empezó a girar la palanca poco a poco, como regodeándose, para hacer que la platina bajara hasta quebrarle el hueso al oficial, lo que le hizo aullar de dolor.

—Oh, vaya, lo siento mucho. No era mi intención romperos el brazo. El texto, sin embargo, ha quedado muy bien impreso —constató el desconocido tras levantar la platina y contemplar el resultado de cerca—. ¡Mirad qué maravilla...! Siempre he dicho que habría que imprimir en pergamino, que es mucho más resistente que el papel, y no hay mejor pergamino que la piel humana, ¿no os parece? Y ahora os ruego que me entreguéis el manuscrito si no queréis que os ilustre el otro brazo.

Bartolomé se dirigió con paso renqueante y gesto dolorido hacia un armario que había en uno de los rincones del taller. Una especie de sagrario en cuyo interior había un pequeño arcón de hierro cerrado con llave. Tras abrir este con torpeza, levantó la tapa con el brazo sano. Pero, antes de extraer el manuscrito en cuestión, se arriesgó a sacar con gran disimulo otro que había debajo, a pesar de su estado, y lo deslizó detrás de la caja para que el desconocido no lo descubriera. Luego le hizo entrega de la copia de las *Annotationes*.

—Veis como no era tan difícil —comentó el asaltante con aire triunfal—. Seguro que aún tenéis alguna cosa más escondida por ahí. Todos sabemos que Nebrija es un autor muy prolífico.

—No hay más, os lo aseguro.

—Nos habéis mentido ya dos veces, así que, como bien comprenderéis, no podemos creerlos —replicó el asaltante más alto.

—Pero esta vez es verdad.

Al ver que el otro no lo creía, el cajista rompió a llorar con la intención de suscitar compasión.

—Para asegurarnos de que es así, tendremos que meteros la cabeza bajo la prensa. A ver qué pasa... —le advirtió el desconocido sin inmutarse.

—¡No, eso no, os lo suplico! —gritó Bartolomé aterrorizado.

Entre los dos malhechores lo echaron de bruces sobre la parte de atrás de la prensa y le pusieron la cabeza debajo de la platina. El cajista trató de resistirse con las pocas fuerzas que le quedaban. Su voz era apenas un quejido ahogado.

—Sujétalo bien, para que no pueda moverse, deprisa —ordenó el que llevaba la voz cantante.

Luego comenzó a mover la palanca con las dos manos con el fin de que la platina descendiera por el tornillo.

—Para, para, creo que ya está muerto —avisó el que lo tenía agarrado.

—Pero si aún no le ha rozado la cabeza... —replicó el más alto, contrariado.

—Te digo que no se mueve —insistió el compañero—. ¡Dios mío, lo hemos matado! ¿Por qué te empeñaste en seguir torturándolo si ya teníamos lo que buscábamos? Mira, está todo lleno de sangre.

—¿Se puede saber qué dices? No es sangre, es solo tinta. Ha debido de derramarse cuando lo colocamos bajo la platina. Yo no le he hecho nada. Se le habrá parado el corazón a causa del miedo —sugirió el más alto tras comprobar que el oficial no respiraba.

—Si no le hubieras hecho creer que ibas a aplastarle el cráneo... Porque no pensabas hacerlo, ¿verdad? —preguntó el compañero con suspicacia.

—Pues claro que no —rechazó el otro, muy serio.

—Venga, larguémonos.

—Un momento, quiero ver si hay algo más.

—Con lo que tenemos ya es suficiente.

El desconocido se dirigió con paso zigzagueante al armario en el que estaba el arcón y tanteó con las dos manos por detrás hasta dar con el manuscrito que Bartolomé había escondido de forma disimulada.

—¡Ajá! Al final, tenía yo razón —dijo mostrándoselo a su compañero—. Ves como había que seguir torturándolo.

—¿Y por qué no miraste antes? Así no habríamos tenido que hacerlo —replicó el otro.

—Debía ser él el que nos lo dijera. Si no, la cosa no tiene gracia. Según prescriben los manuales del Santo Oficio, una declaración solo es legalmente válida si se obtiene bajo tortura, con el consiguiente riesgo de que el reo muera —se justificó el asaltante.

—Tú siempre dándotelas de listo —comentó su compañero con tono agrio.

—En todo caso, lo importante es que hemos hecho una buena cosecha. Así que vamos a celebrarlo.

Dicho esto, le echó un vistazo al manuscrito. Este no tenía título ni firma. Dado que estaba en latín, tampoco pudo averiguar de qué trataba.

—Me parece muy bien. Pero no tenías que haberlo matado —insistió el compañero—. Era algo innecesario.

—Ya te he dicho que no fui yo ni era esa mi intención —se defendió el otro—. Anda, ayúdame a retirarlo de ahí.

—Yo no pienso tocarlo más. Ahora mismo me largo —anunció el compañero poniéndose en marcha.

—Espera, hombre —le rogó el más alto, tratando de apresurarse.

El cadáver de Bartolomé quedó tendido sobre la prensa, con la cabeza bajo la platina y los brazos colgando a ambos lados, como un mártir que había preferido sufrir y morir antes que traicionar a su señor y renunciar a su inquebrantable fe en la palabra impresa.